

LA FECUNDIDAD DEL CAOS

Ornamento, figura y arcaísmo: son los tres enigmas que vibran en las obras que Felipe Ortega Regalado muestra en la galería Birimbao

Las obras de Felipe Ortega Regalado (Cáceres, 1972) enfrentan inicialmente con tres enigmas: el ornamento, la figura y el arcaísmo.

Ninguno de los tres es nuevo en la práctica y la reflexión artísticas. Hace exactamente ciento veinte años Alois Riegl publicaba en Berlín *Problemas de estilo*, subtítulo *Fundamentos para una historia de la ornamentación*. Con él reabría un debate sobre un problema que entonces se pensaba definitivamente resuelto, el de la ornamentación.

Treinta años antes, Gottfried Semper, arquitecto (autor de la Ópera de Dresde) y teórico del arte, había propuesto que el ornamento derivaba de la combinación de formas usadas en cerámicas y tejidos. Semper explicaba los elementos ornamentales (atractivos por su complicación y presunta arbitrariedad) recurriendo a un cierto evolucionismo: fijadas en soportes sencillos, las formas, una vez adquirida su técnica, se aplicaban a objetos y espacios con mayor dificultad. En aquella época, proclive a admitir hipótesis causales lineales, la idea fue bien acogida. Riegl sin embargo iba a sugerir algo muy diferente: la ornamentación, en su criterio, era resultado de lo que llamó *voluntad de arte* de cada cultura. Situaba así el ornamento en la capacidad de las diversas culturas para imaginar y realizar formas, con lo que éstas mantenían su misterio. Ortega Regalado cultiva ese aspecto inquietante de la ornamentación: formas vegetales (evidentes unas, microscópicas otras, como las fotografiadas por Blossfeldt), o vagamente zoológicas, fragmentos con ecos de orfebrería o recamado, imágenes sugerentes sin duda pero cuyo significado apenas puede precisarse.

Esto lleva al segundo enigma, el de la *figura*. Sobre el papel hay algo que atrae a la mirada pero a lo que no podemos aplicar nombre alguno. Son formas que se resisten a la palabra y por ello sólo cabe señalarlas. A primera vista parecen símbolos, signos de algo, pero falta el diccionario adecuado que sirva para identificarlos. Sólo es posible *señalarlos*. Lyotard, en 1971, llamó a este tipo de formas *lo figural*. No son manchas abstractas, componen en efecto una figura pero está situada más allá del límite exterior del lenguaje. Por eso se prestan sólo a la *designación*: el dedo se dispara para decir sin más *eso que está ahí*. El dibujo a tinta de Ortega Regalado, con minúsculos trazos,

desvela sobre el papel formas cuya identidad se nos resiste y cuando alguna se reconoce, se transforma enseguida en otra escapando a nuestro afán de etiquetarla y hacerla así manejable. Sólo vale la mirada que recorre una y otra vez una obra que crece con armonía y ritmo evidentes, pero guardando su secreto.

Esas extrañas metamorfosis remiten al tercer problema, el *arcaísmo*, esto es, a las imágenes fabricadas en el sueño por ese artista mudo es el deseo. La acumulación de figuras heterogéneas y cambiantes (que hace pensar en una noción de Freud, la sobredeterminación) resulta aún más enigmática cuando parece unificarla una cinta que la recorre por entero (como en *Trasteros*) o finos trazos que sugieren un pavimento que les sirve de apoyo (*Sobre la reconciliación 33*), lo que quizá remita a otro concepto de Freud, el desplazamiento, otra forma del trabajo del sueño.

La muestra por todo ello resulta tan atractiva como silenciosa: resiste a la palabra pero reclama la mirada. Pero consigue hacerlo, logra con sus enigmas un especial clímax, por la elevada calidad del dibujo. Una obra titulada *Códice* (en una habitación al lado de la sala) muestra algo así como el catálogo de formas elementales empleadas por el autor. No sólo interesa por esta razón sino también porque presenta muy diversas modalidades de dibujo: manchas, trazos firmes casi caligráficos, exactos rayados que modelan formas, quebraduras que diseñan ritmos, suaves claroscurros, formas diminutas acumuladas hasta formar una construcción, etc. Familiarizados con esa variedad de trazos, será fácil pasar de las extrañas figuras sin nombre y del recorrido de sus repentinas metamorfosis a su soporte, el dibujo, y a las diversas maneras en que la pluma va trazando sobre el papel el gran mapa de la obra. Es ésta la dimensión o el aspecto más interesante de los trabajos de Ortega Regalado: cómo sus rasgos se extienden sobre el papel, modelándolo, casi labrándolo, hasta generar un espacio nuevo. Del caos de las formas posibles, el dibujo, como un germen, saca poco a poco a la luz formas que no *re-presentan* nada pero que tienen el vigor de una nueva *presencia*. Deleuze llamó a este modo de entender la plástica *diagrama* y esto significa, entre otras cosas, que el gesto, *la mano*, consigue abrir nuevas e insospechadas sendas a la mirada. Eso hacen estas obras justificando el título de la muestra: *sin parabenes*, esto es, sin maquillajes o aditamentos. Esa es la audacia de estos dibujos.

J. BOSCO DÍAZ URMENETA SEVILLA